

“Escribo para no perder el contacto con la realidad”

Laura Fernández, Barcelona

Cuando era niña, su madre le contaba cuentos, que eran casi siempre los cuentos macabros de Charles Perrault, y ella pasaba miedo. Luego, cuando pudo leerlos por sí misma, “debía de tener 13 años”, dice, lo que sintió fue indignación. “¿Por qué eran tan estúpidas las mujeres de *Barba Azul*? ¿Por qué tenía la Bella que quedarse con un príncipe encantador si ella se había enamorado de una Bestia? ¿Qué demonios era todo eso?”, se preguntó entonces. Se diría que ya por aquella época, Amélie Nothomb (Kobe, Japón, 1967), quiso reinterpretar cuentos de hadas. Y lo ha hecho, por el momento, en tres ocasiones. De la primera —*Barba Azul*— hace cuatro años. La segunda, *Riquete el del Copete* (Anagrama), acaba de llegar a librerías. Y la tercera, una versión belga, específica, de *La Bella Durmiente*, “nunca lo hará”, dice, porque es “demasiado terrible”.

En su papel de Amélie Nothomb, vestida de negro —para evitar “tener que pensar en lavadoras que no sean lavadoras de oscuro”—, con un estrambótico sombrero —también negro—, y la aparente despreocupación de una niña que hubiera creído más de la cuenta, la escritora confiesa haber terminado, hace no demasiado, su novela número 92 —de las que sólo ha publicado 26—, y seguir fiel al ritual que la obliga cada día a levantarse a las cuatro de la madrugada, prepararse un litro de té, sentarse ante su puñado de hojas en blanco y escribir, con un bolígrafo bic, durante cuatro horas. “Todo en mi vida son rituales. Y también en la de mis lectores, en lo que a mí respecta. Desde 1992, cada 1 de septiembre hay una nueva novela de Amélie Nothomb en librerías. Escribo para no perder el contacto con la realidad”, dice.

En cierto sentido, el hecho de haber nacido en Japón, y haberse criado entre Japón, China y París, siendo, en última instancia, belga, la convirtió en una niña sin un suelo que pisar, sin arraigo físico, por lo que tuvo que buscarse un arraigo mental. “El lenguaje ha sido lo único que se ha mantenido ahí desde el principio, lo único estable en mi vida. El sentimiento de irrealidad era constante cuando era niña. Lo perdía todo constantemente. Todo menos las palabras. Las historias”, apunta. Sí, hubo un *big bang* en su vida como escritora. “Había intentado escribir, pero jamás había creído que pudiese llegar a ser escritora, porque los escritores eran tipos muy serios”. Pero entonces leyó a Rainer Maria Rilke y todo cambió.

“Leí *Cartas a un joven poeta* y me hizo plantearme el acto de escribir de manera radicalmente opuesta a lo que creía. Dice Rilke que el acto de escribir es legítimo únicamente cuando es a vida o muerte”, relata. No publica to-



Amélie Nothomb, la pasada semana en Barcelona. / JOAN SÁNCHEZ

La autora firma una versión del clásico de Perrault ‘Riquete el del Copete’

No publica todo lo que escribe porque si lo hiciera se volvería loca

do lo que escribe porque si lo hiciera, dice, se volvería loca; algo que también le ocurriría si no publicara nada en absoluto. “Publicar una novela al año me da el grado de integración con la realidad que necesito”, confiesa.

De ahí su versión, deliciosamente bizarra y encantadora de *Riquete el del Copete*, la historia de un príncipe feo aunque inteligente, con el don de hacer inteligente a aquella de la que se enamora.

Habla, Amélie, de la infancia, y dice que la escritura la mantiene en contacto con su yo niña, y que por eso no podría vivir sin ella.

“Cuando escribo recupero las condiciones de la infancia, esa sensación de que estás inventándolo todo en todo momento, porque el niño, cuando juega, es el amo del mundo”, asegura. Y, a continuación, rinde tributo al diferente, porque eso es, en resumidas cuentas, su versión de *Riquete el del Copete*, “una oda a la diferencia y al aplomo”, es decir, a cómo soportamos esa diferencia. “Hoy en día vivimos en una sociedad tremendamente hipócrita, que dice que acepta al diferente, pero que lo critica más que nunca”, considera. Como se critica la belleza, que hasta cierto punto es una condena tan grande como la fealdad. “Lo mejor, en este mundo, es ser ordinario, alguien del montón”.

¿Y qué hay del amor? “No podría haber escrito esta novela si no hubiera leído antes las 137 novelas que forman parte de *La comedia humana* de Balzac, y hubiera descubierto que sólo el 6% de ellas cuentan una historia de amor con final feliz. ¿Qué tiene la alta literatura contra el final feliz?”, se pregunta. “Amar es peligroso”, dice, “y amar lo monstruoso, sin que eso cambie ni vaya a cambiar nunca, es la verdadera metáfora del amor”.